

Diccionario del cantante de Roberto Bañuelas

MA. TERESA CASTRILLÓN


Roberto Bañuelas, ampliamente conocido por los lectores de *El Búho* como cuentista y escritor, es también el más polifacético y culto de los cantantes en México. Es un excelente pintor y un magnífico compositor, algunas de cuyas obras ya he reseñado, como la *Trilogía de Orestes* (tres óperas de gran factura en una sola) que fue presentada por el Ensamble de Solistas que dirige Rufino Montero.

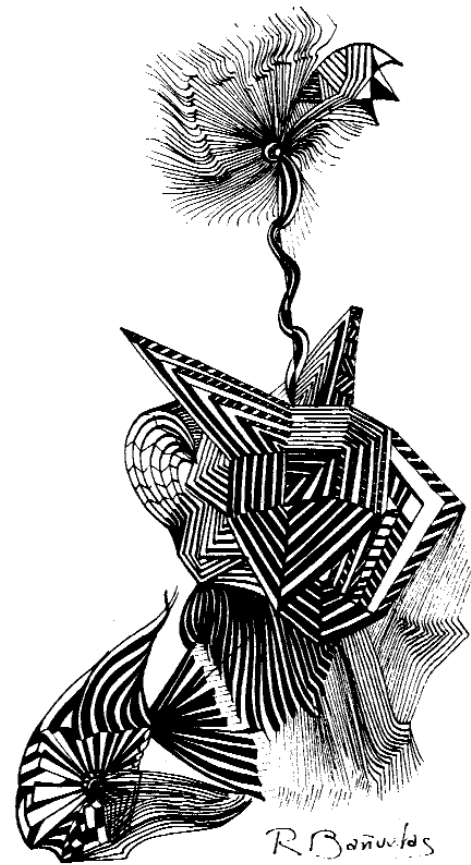
Ahora la Editorial Trillas acaba de publicar un libro que será presentado el 5 de agosto en la Sala Ponce de Bellas Artes. Se trata del *Diccionario del cantante*. Terminología clásica, vocal, musical y cultural y que incluye más de 600 términos y su traducción al francés, italiano, inglés y alemán, el léxico que todo buen cantante debe conocer y el arte de la interpretación.

En este diccionario evidencia su extensa cultura y gran conocimiento que tiene de la técnica vocal, de los problemas que se presentan en cada cantante, tanto vocalmente como en interpretación, en colocación de la voz, en impostación, dicción, etcétera. Con esa experiencia de más de tres décadas, de las cuales una la pasó en Alemania, alternando con grandes figuras del canto, tanto en Europa como en México, Roberto Bañuelas es capaz de encontrar las soluciones a estos problemas, conociendo además la anatomía, lo cual es indispensable para un cantante, pero pocos la conocen y debido a eso desarrollan problemas que no saben cómo resolver.

En el diccionario, Roberto aborda toda la terminología propia del canto en forma muy amena e incluso a veces con ese sentido del humor cáustico que tiene, como cuando habla del aplauso o de la claqué.

Habla ampliamente del canto y de la técnica, haciendo propiamente un tratado que es obra de consulta para todo cantante, y de las diferentes escuelas: italiana, alemana, francesa, etcétera, así como del lied, siendo, además de cantante de ópera un gran liederista. Demuestra también conocimiento de los idiomas, lo cual es importante para el acercamiento a la interpretación de las óperas.

Es un libro que todo cantante debe tener e incluso obra de consulta para cualquier músico o melómano. 



Roberto Bañuelas

La quinta sinfonía de Gustav Mahler como sinfonía del goce existencial: de la muerte a la resurrección de la vida

CHELI DE HAAS

Toda fuerza deviene forma.
DAVENPORT

Para la gente culta, se sabe que después de Beethoven, las quintas sinfonías se convirtieron en señales especiales para los compositores que trabajaban en el recurso sinfónico. Mahler es el más épico: su trabajo es monumental, extremadamente expresivo, abundante en sus ideas e invención musical. Los cinco movimientos en su quinta sinfonía crean en conjunto un arco acústico de extrema belleza. Va desde una intensidad violenta, después llora a la muerte, y finalmente sueña en un extraordinario contrapunto de sutilidad y armonía absoluta, el cual se reconoce como el paso de la muerte a su resurrección: el retorno a Dios.

Según observamos en la interpretación de esta sinfonía bajo la conducción del mejor intérprete de Mahler, Leonard Bernstein –quien se proclamaba asimismo como la reencarnación de Mahler–, el sonido de la orquesta es colosal. Y tiene que serlo: cada instrumento es como una línea de vida que va a su propio compás, y que canta al tiempo compartiendo el devenir existencial bajo una armonía que sólo Dios debió haber impuesto. Esta armonía era la que Mahler perseguía. Quería lograr que se alcanzase a escuchar el tarareo de Dios mediante una polifonía intensificada como la marcha del más logrado esfuerzo de la raza humana siguiendo un orden melódico.

El peculiar estilo de Mahler es pura ambición. Mahler sabía que poseía el talento para hacerlo, pero se necesitaba un

compositor motivado por un instinto interno de superación, y en él transmutó la ambición por belleza.

La Viena de 1900 como la “Nueva Alejandría” de los intelectuales y artistas de todas las disciplinas fue la cuna de las obras musicales de Mahler, y es durante su enamoramiento con Alma Schindler –la que se decía que era la mujer más bonita de Europa en ese entonces– que escribió su quinta sinfonía. Él poseía un estilo compositivo que no se había visto en los compositores del pasado pero, a diferencia de otros compositores, Mahler, en mi opinión, no es lírico. Un ejemplo lírico sería Beethoven, no Mahler. Mahler es abstracto y complejo, es el sonido del pensamiento hecho música.

Las temáticas que aborda Mahler son como himnos en canto a la vida, los cuales se graban en la memoria auditiva del receptor como si hubiera oído un mensaje cuasi-religioso, en el que le hace reflexionar sobre el devenir de la vida: la alegría, la tragedia, el humor, y la devoción de una persistencia vital del alma en pro de conseguir la más hermosa belleza que nos pueda acercar a Dios mismo.

La sinfonía se abre con una marcha fúnebre, pieza melódica común en Mahler, donde se denota que no podía evitar esconder la influencia que tenía por ese romanticismo alemán, por esa inclinada atracción a la muerte. Sin embargo, Mahler era judío, y el judío está enamorado de la vida. Seguido a esa marcha fúnebre, encontramos piezas que nunca esperaríamos en una sinfonía: una canción de cuna yiddish, y algunas reminiscencias a canciones de música klezmer.

Es así, que empieza hablando de la muerte en la marcha fúnebre, y después le canta con ternura a la vida. Ésta es la

exquisita contradicción que aparece en su resultado musical: cuál es el destino que habrá de ser afable para el hombre si la vida es lo demasiado dura para morir y darse por vencido, pero la muerte ofrece la paz y el descanso soñados. Tal es el dilema de la vida: seguir y luchar por la vida o dejarse morir. Seguido de esta marcha fúnebre, la música entra en erupción repentinamente en tensiones salvajes, apasionadas como un clímax de pesadilla, y la trompeta trae el recuerdo de aquel temor interno del hombre, el miedo primordial hacia la naturaleza.

Vemos en el segundo movimiento transformaciones fácilmente identificables en el material melódico del primer movimiento. Continúa la tempestad (aquí Mahler hace una cita de Beethoven, y promueve un homenaje al del *Sturm und Drang*, como un buen romántico) y es en el cenit del movimiento que se deja ver un rayo de esperanza en esta tormenta; y como si proclamara una victoria, Mahler llama al Scherzo como afir-

mación de la vida como un vals apasionado. Es aquí donde utiliza un instrumento que no nos lo esperaríamos: el cuerno, donde le da un papel de solista para que dirija el discurso principal de enunciar a la vida hacia una conciencia.

Vemos finalmente que en el Adagietto, la presencia de un arpa como enunciando la llegada del Creador ante la conciencia humana. Aquí observamos una simplicidad reservada en la música, doblegada ante un desconocimiento que tiene el hombre de Dios, de paz interna, y del escape de dura realidad (¿tal vez la muerte?).

Mahler en su quinta sinfonía nos transporta al lazo espiritual y cognoscitivo de cada individuo, donde a partir de exuberancia y de gozo armónico, se reconoce aquella gloria y triunfo de la que hablan las Sagradas Escrituras. La metamorfosis de la pena y de la muerte a la alegría de la vida es completa por medio de una conciencia de la condición humana donde Dios es testigo. 🐱



Margarita Cardena

Michael Jackson

DÁMASO MURUA

En estos días de noviembre para finalizar el 93, el bailarín pop negro, que se aclara con Clarasol, danza en el Estadio Azteca para más de cien mil gentes cada ocasión, en que cobra muchos dolarucos por quebrarse el esternón. La avenida Acoxpa, que está muy cerca de mi casa tenochca, arroja oleadas de fanáticos que pagaron boleto por sentarse a ver al negro que se adorna con un equipo de tecnología muy impresionante y *nice*. En la calzada de Tlalpan los policías sudan macizo por la seguridad y para controlar un enloquecido tránsito de camiones, trenes y vehículos particulares. Dicen que la gente sale satisfecha, sobre todo los chavos en edad de impresionarse y postrarse de rodillas ante todo espectáculo electrónico.

Michael Jackson llegó a la capital desde la Lima del Perú, en un avión grandote fletado para él, su grupo y *su equipo*, que es más importante que él mismo y su grupo total. Mi hijo, que se dedica a estas cosas, afirma que Jackson es *un producto* hijo de la tecnología, primadonna que tiene resortes y navajas en su cuerpo, por eso no se quiebra al doblarse cuando baila frenético y amenazador contra el que no le

gusten sus bailes. El negro de este batey había llegado a los litorales peruanos desde las islas japonesas, donde se alojó en hoteles de tres mil dólares la noche, pues allá con los verdes Jap's el dinero vale poco y es muy caro para otros terráqueos. Cuando danzaba en Tokyo, acusaron al norteamericano de que tuvo amores con niños o con adolescentes tiernos, lo cual no sería ni noticia en Arabia o en Grecia.

Ni fu ni fa me hace el anuncio de que Michael viene a la ciudad a despelucarnos nuestro sufrido



Michael Jackson

peso devaluado. No porque sea muy nacionalista –que no soy, punto y aparte–, sino porque tuve la suerte de ver bailar a este pachuco de Alabama, pero en la colonia Guerrero, aquí en la capirucha, en una boda del chico que trabajaba con nosotros en un banco, hace ya casi diez años. Esa noche fue sensacional, increíble, inolvidable, pues en esa colonia todo el poblacho baila y requetebién que lo hacen.

La boda apenas se aderezó con una tortita con mole, ensalada de papas y mayonesa, al lado de cartones de botellas de ron baratón pero sabrosón. El hecho aconteció en un braverito salón vecino a la estación del ferrocarril mexicano, largo, aserrinado y poblado con mesas que proporcionó una cervecería. Jaime, el casado, le firmó iglesia a su mujer bonita, por eso fuimos muchos a constatar que no se la raptaba. Un tocadiscos con música de todas las orquestas del mundo pudo amenizarnos la noche. Desde Lara hasta Dizzy Gillespie, Pérez Prado, Jorrín, El son 14, los solistas de Carlos Campos, Acerina y otros más. *La música*, ya lo apunté alguna vez, *confirma la soledad de los humanos*.

Un viejo canoso y tomador bailó con sus hijas de seis, doce, quince, veinte años. Y con las casadas también. El conglomerado guerrerense tiene la honra de que en su colonia se asentaron los primeros grupos romanos venidos desde Italia (pasando por Veracruz) a la capital mexicana. La colonia Guerrero escribe historia vital en el seno de la gran metrópoli. Todo fue bien esa noche, aventaron al techo del salón al casado, después de ponerle billetes en su camisa y pantalón, con alfileres puntiagudos. En eso estábamos cuando apareció el mulato de catorce años vestido como Michael Jackson, cuando éste era más modesto, usaba saco negro con botones dorados y un guante blanco en la mano izquierda. “Ya llegó Abrejo, pendejos”, vaticinó uno de sus admiradores. El disco dan-

zonero se negó a seguir interrumpiéndonos y de volada trajeron uno de los que baila este negro que ha desquiciado al mundo entero, incluyendo a los orientales que son tan envarados, hipocritones y disimulados. Este negro los ha hecho ponerse de rodillas, pero con gusto. Las luces y los tambores giran con su cuerpo y desequilibrios innúmeros; es un epiléptico musical. Mas Abrejo, el mulatito de la Guerrero, esa noche no se quedó atrás.

El baile paró, él mandó a parar. Y cuando la música pop imperó en aquel sórdido salón de la colonia en que celebrábamos la boda de nuestro amigo, todo mundo se preparó para verlo danzar con calidad, arremolinado en el suelo o de pies, espalda o cabeza, no más cuidándole la blancura al guante blanco de su mano izquierda. Los jóvenes, jovencillos y niños estaban que no cabían de envidia y admiración. Bailó todo el tiempo que quiso, porque después de más de una hora de verlo continuamente embelesarse en sus pies hormigueantes y vibradores, yo me retiré por las tres o cuatro de la madrugada. A esa hora todavía Nacho Abrejo no terminaba de hipnotizar con su destreza inimaginable a los espectadores que no cesaban de aplaudirle ni de copiarle tramo por tramo de sus movimientos. “Ese pasito de Resortes, caminando sin perder el ritmo, hacia atrás”. Ni Michaello hace tan bien como el mulato de la noche capitalina. A mí me dejó tal impresión que ni se me ocurrió pensar en ir a ver al Azteca al negro auténtico. Para qué. Abrejo, el chico mulato de la Guerrero es mucho mejor que este negro gringo que cobra caro por sus contorsiones. Hace poco me acordé también de que un bailarín mexicano, de apellido Iglesias, en los años sesenta era el mejor artista de flamenco de todo el mundo, incluido España, por supuesto. Jajajay,